

la felicidad o la desgracia es a costa del propio altibajo de la red, así no es nada extraño que la felicidad de un individuo cause la infelicidad de otro encuadrado en el mismo estamento y sin perjuicio de que los efectos alcancen un radio más amplio.

Leyendo a Russell no es posible sustraerse a menudo de la sospecha de obviedad, sobre todo cuando delimita las razones que hacen feliz a la gente: «Hay cosas indispensables para la mayor parte de los hombres, pero son cosas sencillas: la casa, la comida, la salud, el amor, el éxito en su trabajo y el respeto de los suyos. Para algunas personas es asimismo esencial la paternidad. *Cuando estas cosas faltan, sólo hombres excepcionales pueden ser felices* (subrayado nuestro), pero cuando se tienen o pueden obtenerse con un esfuerzo bien dirigido, el que sigue siendo desgraciado tiene alguna tara psicológica». Dan ganas de pensar que para esta clase de viaje no hacen falta muchas alforjas y sólo cabe responder que sí, que naturalmente que sí, pero desencantados, porque precisamente el origen de la infelicidad está en la colmena hervida que supone la conquista de esa imagen de la felicidad, ahí es nada, salud, dinero, amor y, para colmo, éxito y respeto de congéneres. Pedir más es directamente la esquizofrenia, como la célebre frase de Géricault, que yo cito mucho: «Haga lo que haga, siempre me habría gustado hacer otra cosa».

En un artículo posterior, *El camino de la felicidad*, Bertrand Russell incorpora para la consecución del contentamiento en personas «normales» con salud y dinero otros rasgos referidos al elemento lúdico y divertido sin mayor trascendencia y una estructura estable construida alrededor de un propósito central, pero no insiste ni vuelve a tener en cuenta los trastornos de la «pasión egocéntrica», afortunadamente, porque él mismo fue un hombre feliz y de egocentrismo probado. Sus recetas planean sobre una determinada clase social a medio camino entre las inquietudes intelectuales, el desahogo económico y el *spleen*.

4. «Alain»

Respecto a la delicia que supone la lectura de los *Propos* de Alain hay acuerdo general. Asumen todo el *esprit* de esos decantados juegos de la inteligencia donde se confabulan la sencillez, el humor y la erudición bien digerida para brindar piezas amenas de lectura común e intemporal que corresponde a una línea intermedia de los *Ensayos* de Montaigne, los *Opúsculos* de Pascal y las *Bucólicas* de Renard (éstas, por cierto, las imitó en nuestros medios y sin desdoro de genio personal Ramón Gómez de la Serna con sus *Greguerías*), orientadas muchas de ellas como guía práctica moral, especie de ética de bolsillo, no muy lejos de las epístolas senequistas y con recurrencia primera a diluir las torpezas, prejuicios y convenciones que nos hacen tontamente desgraciados. Entiende la cortesía como una gimnasia de las pasiones, y la felicidad como un arte de vivir.

Voluntarista y proverbial, una de sus máximas para la felicidad es hacer de la necesidad, virtud, y tiene sentencias de interés incalculable: «Lo mejor que podemos hacer en beneficio de quienes nos aman, es ser felices». Los planteamientos generales de Alain, con un selecto repertorio de citas, es de esa misma naturaleza que permite al ateo, por ejemplo, creer en las propiedades terapéuticas más o menos científicas de la fe religio-

sa. Ningún desconfiado inteligente de las milagrerías rechaza las propiedades regenerativas de una fe religiosa profunda, como nadie desdeña las ventajas de la persona que se propone a sí misma la obligación de ser feliz: «Hay que querer la propia felicidad y hacérsela». Es un deber para los demás (a mí en cambio, como prueba de inconfesables taras psicológicas, la imagen de la felicidad me resulta repugnante). Filósofo de «tono menor» —como se le considera con algo de injusticia—, *Alain* no arrostra el empeño de las grandes teorizaciones ni de los sistemas cerrados y quizá por eso, de cometer errores, éstos también serán de tono menor y enjugados en la ligereza deliberada. Sólo que a veces una frase ligera es el resultado de miles de experiencias y constituye una ley expresada en el orden coloquial.

5. Tordjman

El psiquiatra Gilbert Tordjman admite con llaneza que la felicidad es imposible en un sistema donde reine la miseria. Por otra parte, el espíritu de competición y rivalidad en las sociedades avanzadas matan al presunto hombre feliz. Buscamos desesperadamente una «ciencia de la felicidad» (terapéutica) para entendernos entre el principio del placer y el principio de la realidad, acaso a través del hallazgo de la pareja, sólo que antes tenemos que aprender a convivir con nosotros mismos (un poco redundante, pues si yo aprendo a convivir conmigo mismo ya no me hace falta ni pareja, y la necesidad de la pareja proviene de lo incompleto del ser y del dificultoso esquema de la convivencia consigo mismo).

No obstante, leyendo a Tordjman, que maneja a título divulgativo las grandes concepciones del psicoanálisis, desde la dualidad freudiana al instinto de agresión de Lorenz, con toda la cohorte de estructuras genéticas, escisión de la personalidad, angustia, nos damos cuenta de que ese conjunto es el instrumento más capacitado para discernir las categorías de la felicidad y, por consiguiente, hay que prepararse para asimilar con especial cuidado las deducciones de Gilbert Tordjman, quien constata de entrada que «obramos y reaccionamos en nuestra vida afectiva, sexual, profesional y social generalmente de manera contradictoria o compartimentada sin inquietarnos demasiado por introducir la unidad en nuestra vida». Hay que identificar las fuentes de los diversos roles con la ayuda del análisis transaccional en sus varios estadios, el Padre, el Niño y el Adulto que somos, entreverados, pugnaces, cuya conciliación —es decir, la ley paternal, la emoción infantil y el razonamiento adulto— se acerca mucho al secreto de la felicidad. Esta conciliación viene obstaculizada desde la infancia por los complejos de inferioridad, de culpa, que a su vez generan la competitividad, los celos, la falta de confianza, el mecanismo de proyección: «Una de las condiciones necesarias de la felicidad es reconocer las propias carencias y cualidades, negándose a la fácil tentación de recurrir a ese mecanismo de proyección», o sea, a culpar de todo y sistemáticamente a las circunstancias y a los otros (padres, destino).

Base de la conciliación, la alternancia y el equilibrio de los tres niveles que nos constituyen, cuya operancia regulada es indispensable para el acceso al zaguán de la felicidad, consiste en el ejercicio del conocimiento de sí mismo (de nuevo tropezamos con el socrático oráculo de Delfos, sólo que ahora enriquecido, al cabo de una larga batalla

científica y sociológica, con las grandes aportaciones del experimentalismo clínico), en hacer la lista de nuestros puntos débiles y en rechazar las «astutas» coartadas sugeridas por el inconsciente: «La batalla está ganada a medias cuando uno conoce sus puntos débiles y se propone remediarlos».

6. Abbagnano

En la serie de artículos que el longevo (ochenta y seis años) y mesurado filósofo italiano Nicola Abbagnano reunió sobre la «sabiduría de la vida» hay uno que se titula expresamente *Progreso ya no significa felicidad*, donde en pocas líneas aparece la polarización característica de nuestro siglo entre la decadencia de la fe en el mito del progreso indefinido y los innegables y avasalladores avances operados en todos los campos de la actividad humana. «El hombre, hoy más que nunca —dice Abbagnano, que es un existencialista cristiano o un pensador de buena cepa capaz de creer en la armonía creativa del binomio fe y razón—, dispone de los medios indispensables para hacer frente a los peligros que la vida presenta, y la condición del éxito es el conocimiento preciso y el uso eficaz de tales medios.» Hay que saber valorar los límites de este conocimiento, idea que ya estaba en Platón. El problema más importante es que incluso tendencias útiles y ventajosas pueden tener efectos correlativos nocivos, y parece que se han olvidado los «valores de la vida» que permitían vivirla con serenidad.

Mientras el título del ensayo de Abbagnano es taxativo (progreso ya no significa felicidad), el desarrollo de la argumentación, como era de prever, introduce anchas zonas ambiguas y el autor se resiste a aceptar sin más la especie del fatalismo antiprogresista y las ingenuidades del optimismo radical, aparte de sostener ideas muy concretas (y absolutamente discutibles) sobre el fracaso de lo que él llama la «teología del diablo», representada nada menos que por Nietzsche, Freud, Heidegger y Marx, patrocinadores o responsables en última instancia del terrorismo actual. Hay que decir en descargo de Abbagnano que ésta es la única vez que pierde los estribos.

«Quien busca la felicidad absoluta como goce incesante y perfecto (...) sólo puede quedar decepcionado, *al menos en esta tierra*» (subrayado nuestro, y dan ganas de preguntarse, con ilusión, qué otra tierra podría ser). Si el hombre mide con el rasero de la perfección ideal (aceptando como hipótesis de trabajo tal ingenuismo), «sólo puede exaltarse y conquistar su felicidad encerrándose en la contemplación del imposible». Se pregunta Abbagnano si es accesible la felicidad a seres como los hombres, expulsados del paraíso terrenal y con escasas esperanzas de volver a él (¿pero es cierto, preguntamos nosotros, que alguna vez los hombres estuvieron en el paraíso terrenal, aparte de Hesíodo y de la poética bíblica y de las sanciones roussenianas? No. Los únicos «paraísos perdidos» son los paraísos por encontrar; con independencia de memorias prenatales, de una noche de amor, de una playa, de una infancia o de una reminiscencia mítica y religiosa, no hay ningún paraíso que recobrar, sino sólo, más grave, que crear, y para esto la perspectiva es cada vez más oscura a causa de la indiscriminada carrera de la tecnología, la crispación publicitaria, las descompensaciones demográficas y el conjunto de armas nucleares que, en caso de conflagración total, sí, nos van a hacer creer de golpe que el paraíso terrenal existía y que era la segunda guerra mundial, así de